

sola cabeza, como habian estado antiguamente. Ya por los años de 1137 unos embajadores del emperador de Constantinopla al de Alemania, trataban á los latinos de azimitas y pretendian que estaban excomulgados por haber añadido una palabra al símbolo: decian que el papa era un emperador y no un obispo, pues trataba siempre de expediciones militares, y no podian sufrir que los obispos y monjes mandasen tropas, llevasen armas, y vistiesen de color de púrpura. Alegaban tambien muchas autoridades para justificar la vida conyugal de sus presbíteros. Anselmo, obispo de Abelberga en la baja Sajonia, estuvo en Constantinopla como embajador del emperador Lotario, y tuvo algunas conferencias y disputas con los griegos, una de ellas pública con gran formalidad. Segun la relacion que hace el mismo Anselmo en su libro *Anticimennon* los griegos se suponian del todo separados de la Iglesia romana por dos principales razones: por la primacia que esta pretendia y por la procesion del Espíritu Santo: bien que tenia Anselmo algunas esperanzas de que podian reunirse en un concilio general.

»Guillermo de Tiro refiere que Andrónico luego que mandó en Constantinopla, quiso acabar con los latinos. El mayor número de estos se escapó en cuarenta y cuatro naves, y trataron á los pueblos de la costa del Helesponto con la misma barbarie que habian usado los griegos con los latinos que no tuvieron tiempo de huir de la capital. En efecto, luego que llegó á esta ciudad el ejército de Andronico todos los latinos sin excepcion de clérigos, monjes, mujeres y niños, habian sido asesinados ó quemados en las casas ó iglesias en que estaban. A Juan, cardenal, que trataba con el emperador Manuel de la reunion de la Iglesia, le cortaron la cabeza, y la ataron á la cola de un perro, y así la arrastraban por las calles. Observa Guillermo que este odio de los griegos contra los latinos no solo provenia del favor que estos habian logrado con el emperador Manuel, sino tambien por que estaban acalorados, sobre las cosas de religion; y lejos de ceder á la autoridad de la Iglesia romana, tenian por herejes á todos los que no seguian sus particulares tradiciones. Así se explica Guillermo, que habia estado mucho tiempo en Constantinopla. Teodoro Balsamol por los años de 1193 suponía al papa de la antigua Roma arrojado de la Iglesia, aunque

no dice por que autoridad, ni en que tiempo. Despues que los latinos se apoderaron de Constantinopla, su conducta no fué muy apropósito para ganar á buenas á los griegos, ni su imperio constante y fuerte para reducirlos por temor. En el concilio IV de Letran se habla de unos griegos que miraban á los latinos con tanto odio, que lavaban los altares en que habia celebrado algun latino, y tenian su bautismo por inválido. Tanto se apoderó de los griegos el espíritu de division, desde el tiempo de Miguel Cerulario».

XXII.

En la sucesion de los Romanos Pontífices que se dejó interrumpida para narrar el cisma de Focio dijose que San Leon III fué elegido el 26 de diciembre de 795. Cuatro años después, esto es, en 799 se proyectó en Roma un asesinato contra su sagrada persona. Al tiempo que salia del palacio patriarcal, para celebrar la procesion de San Márcos, Pascual que era primicerio de la Iglesia romana y Campulo, capellan de la misma Iglesia y tesorero, ambos parientes del difunto Pontífice Adriano, enviaron porcion de hombres armados, los que arrojando al Papa del caballo que montaba, trataron de arrancarle los ojos y la lengua. Apoderados de su persona, le condujeron á un monasterio donde redoblaron sus crueldades, y se tiene por cosa cierta que le sacaron los ojos y cortaron la lengua; bien que luego por un milagro que obraron San Pedro y San Pablo, fué curado completamente. Tan unánime es el sentir de los escritores sobre este punto, que la más rigorosa crítica no puede contradecirlo. Hé aquí como se expresa Teodulfo de Orleans: «Es un milagro que el Papa continúe viviendo y hablando, si sus asesinos ejecutaron el proyecto que habian formado de cortarle la lengua y sacarle los ojos: mas si habiendo tenido en su poder por tanto tiempo al Pontífice, no hubieran podido llevar á cabo sus propósitos, este seria otro milagro todavia más difícil de creer.»

Profunda pena causó en el corazon de Carlo-Magno, el ultraje hecho en la sagrada persona del sucesor de Pedro: le mandó sus embajadores en lo que el Pontífice recibió los mayores consuelos y determinó marchar á Francia, donde fué recibido con las mayores aclamaciones y ovaciones tales, cual pocas veces se han visto.

Mandó Carlo-Magno á su hijo Pipino, con muchos de los principales señores de su córte y una guardia numerosa á Paderborn, para que aguardase al Pontífice, á quien él mismo salió á recibir á alguna distancia de la ciudad, precedido del clero y seguido de todo su ejército. Apenas divisó á Leon, mandó hacer alto; adelantáronse Pontífice y Rey cada uno por su lado y se abrazaron vertiendo lágrimas. El clero, el ejército y el pueblo se postraron para recibir la bendición del Pontífice, y como este entonara con voz robusta el himno *Gloria in excelsis*, los franceses lloraban de júbilo viendo cuan milagrosamente conservaba el uso de la lengua y la vista, después de los crueles tratamientos que habia experimentado.

El día de la fiesta de San Andrés, 30 de noviembre, el papa Leon entró en Roma, donde poco después, segun veremos, coronó emperador de los romanos á Carlo-Magno, restableciendo en favor de este príncipe defensor de la Iglesia el imperio de Occidente, que puede decirse se hallaba sin vida hacia trescientos veinte y cinco años desde la muerte del último emperador Augustulo. De este modo el gran Cárlos dejó el título de patricio, para tomar el de *Emperador* y de *Augusto*.

Hé aquí hora lo que acerca de estos asuntos dice el señor Moreno Cebada. «Ocupándose *La Italia* del siglo octavo, se expresa de este modo: «El año que termina el siglo VIII es la época de una revolucion, la más importante que haya acaecido en Europa desde que los romanos trasladaron la silla del imperio á Constantinopla. El monarca francés, el príncipe más grande que existía en el mundo, ilustre como guerrero, como legislador, abatió el título de soberanía, que los griegos poseían en Italia y les quitó por consiguiente el nombre de romanos que persistían en tomar en sus tratados y en el preámbulo de sus decretos. El papa Leon III reinaba entonces, y como se tramara una conspiracion contra él, estuvo á punto de perecer; fué á Paderborn á implorar el socorro de Carlo-Magno que se trasladó á Roma. El día de Navidad del año 800 mientras que Cárlos estaba orando en la confesion de San Pedro, el Papa acompañado de los obispos, de los presbíteros y de muchos caballeros romanos y franceses, le puso en la cabeza una corona de oro y todo el pueblo gritó: *Al piadosísimo Cárlos, Augusto, grande y pacífico, que Dios corone, vida y victoria.*»

»Luego el Papa ungió á Cárlos con el óleo santo. Todos los autores están conformes en decir que Cárlos pronunció en aquel instante mismo el juramento que después hicieron sus sucesores: «Yo emperador, prometo en nombre de Jesucristo, delante de Dios y del apóstol San Pedro, proteger y defender á la santa iglesia Romana contra todos sus enemigos, mientras Dios me conceda fuerza y poderío para ello.»

«Las fiestas duraron una parte del mes de Enero de aquel año.»

Los reyes de Inglaterra habian manifestado á Leon III desde que supieron su elevacion á la Sede Apostólica, su firme adhesion. El rey Guenulfo le habia escrito, manifestándole su afecto y rogándole que le mirase como á su hijo adoptivo. En aquel reino la religion de Jesucristo se veia protegida, y aquel piadoso monarca hizo reunir los concilios de que hemos dado cuenta anteriormente, restableciendo el arzobispado de Cantorberi, con todos sus primitivos derechos, y haciendo que la Iglesia disfrutase en sus Estados del gran beneficio de la paz.

Ya hemos visto de que manera quedó restablecido el imperio de Occidente, y con cuanto regocijo de los romanos fué aclamado Carlo-Magno. Contribuyó mucho á este triunfo del nuevo Emperador, el que hacia muy poco tiempo que habia llegado á Roma, la noticia del crimen de la emperatriz Irene que habia sido la causante de la muerte de su hijo Constantino VI, por la ambicion de que sobre ella cayese toda la autoridad. Carlo-Magno habia dejado á Dios el cuidado de castigar el crimen, y el Señor lo elevó á él en premio de su piedad, haciendo que los romanos se llenasen de indignacion contra Irene.

El principal objeto de Carlo-Magno al emprender su viaje á Roma, habia sido vengar el atentado cometido contra la persona del Sumo Pontífice, castigando severamente á los criminales para que sirviesen de ejemplo á otros y no se repitiesen aquellas lamentables escenas que habian llenado de dolor su corazon piadoso. Con este objeto se formó un proceso á Pascual y Campulo, que como dijimos, fueron los que formaron la conjuracion. Los acusados fueron conducidos á la presencia del emperador, que se hallaba rodeado de los prelados y señores de Roma. Aquellos miserables no pudiendo negar el crimen se culpaban el uno al

otro. No resultando nada que pudiese justificarlos ni aun atenuar el delito, se pronunció contra ambos sentencia de muerte.

Leon III, representante en la tierra de aquel Dios Hombre que, pendiente del patíbulo de la cruz, pidió á su Eterno Padre el perdón de los mismos que tan inhumanamente le habian crucificado, intercedió en favor de sus enemigos movido de caridad y alcanzó del emperador que no tuviese efecto la ejecucion de la sentencia, la pena fué conmutada en la de destierro. Carlo-Magno que era enemigo de la efusion de sangre, estuvo pronto á acceder á los ruegos caritativos de Leon, tanto por sus deseos de complacerle, como por la amistad que habia profesado al papa Adriano, del que los reos eran parientes.

Algunos historiadores afirman que cuando la emperatriz Irene tuvo noticia de que los romanos habian proclamado emperador á Carlo-Magno, le envió sus embajadores felicitándole y proponiéndole su enlace con él, para reunir de este modo el imperio de Oriente con el Occidente. Empero otros escritores, y entre ellos M. de Saint-Martin, consideran esta suposicion como una fábula. Lo cierto es, que al poco tiempo de la proclamacion de Carlo-Magno, se levantó en Constantinopla una conspiracion contra Irene, de resultas de la cual, la emperatriz fué arrestada, y la desterraron á la isla de Lesbos, en donde terminó su vida al poco tiempo. La historia de la humanidad nos presenta muchos ejemplos semejantes al presente. Todos aquellos monarcas que llenos de ambicion se han valido de medios criminales, hollando los fueros de la justicia, bien para asegurar su autoridad, bien para extender sus dominios haciendo imperar la ley de la fuerza han visto despues desmembrarse sus propios Estados, y arrojados de su trono han muerto en el destierro, despojados de la magnificencia real. Tal es el orden de la Providencia. Cuando nos ocupemos del pontificado de Pio VII tendremos ocasion de ver otro ejemplo aun mas notable que el de la emperatriz Irene, y tal vez, al historiar los grandes acontecimientos del reinado del Sumo Pontifice Pio IX á quien los poderes de la tierra han hecho tan encarnizada guerra, tengamos necesidad de recordar al lector el presente párrafo. Estamos muy lejos de ser profetas, pero nos bastan las elocuentes lecciones de la historia.

Nicéforo, patricio y tesorero mayor de Constantinopla, que fué el autor de la conspiracion tramada contra Irene y tal vez el instrumento de que se valió la Providencia para su castigo y oprobio, fué proclamado emperador y subió al trono en 31 de octubre de 802. Hallábanse á este tiempo en Constantinopla los embajadores de Carlo-Magno, que fueron testigos de tan inesperada revolucion. Juntos con estos envió Nicéforo los suyos á Francia, donde ya se habia trasladado Carlo-Magno, y llevaron á cabo un tratado en virtud del cual habria paz en adelante entre ambos imperios, titulándose Carlo-Magno emperador de Occidente y Nicéforo de Oriente. Pertenece al primero todo el pais de Italia, desde el Vulturno hasta el mar de Sicilia; y todo lo demás, con las dos Pannonias, la Dacia y la Dalmacia á los emperadores de Occidente.

De este modo creyó Nicéforo grangearse la amistad de Carlo-Magno, á quien temia, y aparentó quedarse tranquilo en la posesion de sus Estados aunque en realidad no lo estaba. Sus costumbres eran las mas depravadas y corrompidas y en cuanto á religion era iconoclasta y maniqueo. Era por lo tanto la contraposicion de Carlo-Magno. Al poco tiempo de ocupar el trono ya era aborrecido por sus súbditos que se escandalizaban de su modo de obrar, no pudiendo profesar afecto alguno al que se portaba de un modo tan criminal deshonorando el trono imperial. Aun no habia reinado un año, cuando las tropas aclamaron emperador á Bardanes, gobernador que era de Natolia, el cual era conocido con el nombre de Turco. Era este un hombre muy diverso de Nicéforo, dotado de muy bellos sentimientos y sin ambicion de ninguna clase. Cuando llegó á Constantinopla, conociendo que su elevacion habia de ser causa de muchos desórdenes, abdicó voluntariamente, bajo promesa de no recibir indemnizacion alguna y tomó el hábito de monje en un monasterio que él habia fundado. Penetraron algunos dias despues en aquel sagrado asilo unos criminales que sacaron los ojos á Bardanes, crimen tanto mas horrible cuanto que era hombre inofensivo, contra el que nadie podia tener queja fundada. Nicéforo manifestó un aparente pesar por este crimen, y juró vengarle, aunque no lo hizo.

A principios del año 816 se levantó contra el papa Leon III una nueva faccion, en la que tomaron parte los principales señores de

Roma, y se trató nada menos que de asesinarle. Empero pudo detenerse á tiempo la conjuracion, y los culpables fueron condenados á muerte. Cuando lo supo el emperador Luis, mandó á su sobrino Bernardo, que era rey de Italia, que se informase de todo lo ocurrido, y como éste le diese cuenta exacta de todo, halló que la justicia habia obrado con rectitud. Así triunfó el partido del santo Pontífice quedándose Roma en paz, pero al poco tiempo, Dios llamó á Leon á mejor vida, falleciendo en 11 de Junio del mismo año 816.

Este santo Pontífice se manifestó protector de las bellas artes, adornando á Roma con pinturas y mosaicos, y segun Muratori mandó poner cristales de colores en las ventanas de muchas iglesias. En 813 habia restablecido la fiesta de la Asuncion, que Sergio I habia ya celebrado y que habia caido en una especie de desuso segun Artaud de Montor. Gobernó San Leon III la iglesia veinte años, cinco meses y diez y seis dias, durante cuyo tiempo creó veinte y siete obispos, treinta presbíteros y diez diáconos. Dejó reputacion de gran Pontífice, erudito, elocuente, afable, prudente y generoso. La Iglesia le colocó en él número de los Santos. Por su muerte y despues de diez dias de vacante fué elevado á la cátedra de San Pedro Estéban V, el cual era de una noble familia, diácono de la Iglesia romana, y fué elegido Papa el 22 de Julio de 816. En seguida envió sus embajadores á Francia, para anunciarle al emperador su eleccion y tambien que muy en breve iria personalmente á verle. Grande contentamiento causó esta noticia al piadoso Luis, el cual mandó preparó todo lo debido al Jefe supremo de la Iglesia. En efecto, bien pronto cumplió su oferta el nuevo Pontífice, el que fué recibido con los honores que le eran debidos. Consagró de nuevo al emperador en Reims, coronando despues á la emperatriz Irmengalda, llamándola Augusta. Despues fundó el monasterio de Santa Práxedes, en el que reunió una congregacion de monges griegos que noche y dia salmodiaban.

De este Pontífice nos dá las siguientes noticias el historiador Artaud de Montor: «Estéban tenia alta reputacion de bondad y clemencia: Se habia visto obligado á dejar á Roma para escapar de las tramas de los malvados; y el primer acto que verificó al avistarse con Luis fué pedirle perdon para los conjurados que el

